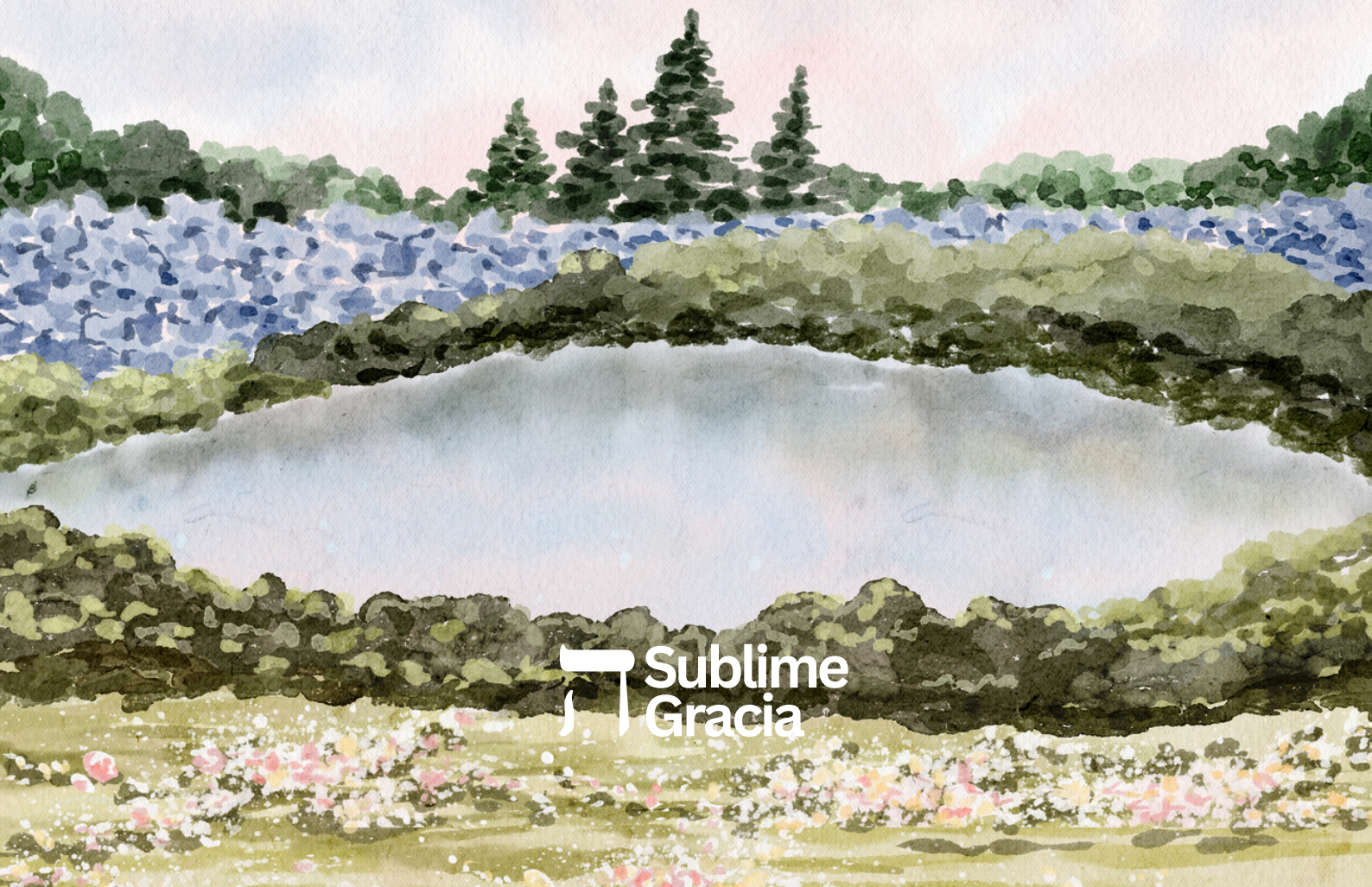


Cantares 7

Versos 4-13

*Salir de los Estanques
de Hesbón*



Sublime
Gracia

Ayer vimos que los ojos pueden convertirse en un estanque espiritual, cuando las lágrimas permanecen ligadas a aquello que todavía no ha sido tratado. Hoy el *Amado* nos lleva más profundo, porque no solamente quiere mostrarnos el estancamiento, sino **permitirnos discernir qué lo produce y qué debe suceder para salir de él.**

Para comenzar, necesitamos recordar una verdad fundamental: **el único perfecto es Dios. Ezequiel 28:12-15** nos habla de aquel que fue creado en perfección, lleno de sabiduría y acabado de hermosura, hasta que se halló maldad en él y su corazón se enaltecíó. Ahí nace el gobierno que hoy sigue susurrando al corazón humano: *“tienes que hacerlo perfecto, puedes hacerlo desde tu propia perfección.”* Ese es el engaño que sostiene casi seis mil años de rebelión el querer ser lo que solo Dios es.

Sin embargo, la *Amada* que el Rey está formando aprende algo diferente: **no necesita ser la perfecta; necesita depender del Perfecto.**

Ahí está el giro que cambia todo. La relación con el Rey no se sostiene en no fallar, sino en volver. *"Señor, envíame a mí"* y si fallas, *"Señor, otra vez fallé"*. Y Él responde con gozo, no con reproche, porque ese ir y volver es precisamente la señal de que alguien ha dejado de creerle a su propia hermosura y empezó a depender del Rey. Es esa misma dependencia la que hace **la distinción de estanque a río**, porque todo lo que no fluye desde Él termina encerrado en un **rito**.

En la época antigua el estanque más conocido como **mikvéh** era justamente eso, un rito de purificación que los fariseos convirtieron en carga, en una doctrina hecha para producir prosélitos, no libertad. Por eso **Yeshúa'** los confronta con dureza en **Mateo 23**. Toda doctrina que no deja fluir, que no muestra al único Perfecto, sino que impone la interpretación de un hombre, encierra en vez de liberar.

Ahora bien, las viudas de las que habla el texto somos, en el fondo, nosotros mismos cuando no reconocemos que necesitamos al **Amado**, y mientras no salimos de la viudez para ser la Esposa de Él, seguimos orando lo mismo, insistiendo en lo mismo, sin ánimo real de transformación, como si Dios fuera el juez injusto que no escucha, cuando en realidad lo que Él no puede recibir es una súplica que no busca cambiar, solo repetirse.

Esa misma repetición sin cambio es la que confiesa un padre en **Marcos 9**, cuando le trae a **Yeshúa'** un hijo que desde niño cae en el fuego y en el agua. Su clamor es desnudo: *"ayuda a mi incredulidad."* Ese padre reconoce lo que muchos no reconocemos, que, si algo no se resuelve después de años, no es solo una lucha, es una incredulidad tejida con orgullo, **una doctrina que nos adoctrinó tan profundo que salir de ahí cuesta trabajo**. Por eso, el Señor insiste en decirnos: *"concéntrate en lo que te estoy ayudando, no te distraigas con tus argumentos o razonamientos ni con tu "yo no puedo."* Ese **"no puedo"** no viene de Dios. **En Él todo es Sí y Amén.**

Las doctrinas de hombres tienen una base común: **la interpretación propia**, muchas veces construida desde el miedo. Pero, **la sana doctrina**, en cambio, tiene una sola base: **el cumplimiento de la voluntad divina conforme a la verdad**. Por eso, **quien camina en sana doctrina no se estanca ni estanca a otro**; avanza como la aurora y lleva a otros a ese mismo avance, sin buscar prosélitos, solo unidad en el plan de Dios.

No fue casualidad que **Juan el Bautista** sumergiera a la gente en el río y no en un mikvéh. Era el último de los profetas que le abrieron camino a **Yeshúa'**, y todo lo que hacía tenía lenguaje profético. Sumergir en aguas que corren, no en aguas estancadas, anunciando una verdad concreta: **solo Yeshúa' puede hacer fluir s u agua, su Palabra en nuestro interior**. Y esa agua solo entra con ánimo de arrepentimiento, nunca de conocimiento.

El arrepentimiento no se produce a voluntad; lo produce el Espíritu Santo, y normalmente aparece cuando el hombre se cansa de su propio mal proceder. Cuando la Palabra fluye de verdad, no deja intactos los comportamientos repetitivos como: **miedo, orgullo, rebelión salen a la luz primero**, por ser los más visibles; y una vez tratados, lo que estaba oculto detrás también empiezan a mostrarse.

Y aquí el verso revela su fondo: "tus ojos como los estanques de Hesbón junto a la puerta de Bat-rabim." Cantares 7:4

Hesbón era la ciudad del rey amorreo que se negó a dejar pasar a Israel hacia la tierra prometida (**Números 21:21-26**); un lugar lleno de pozos de agua que el pueblo no podía beber. Y en **Génesis 15:16** Dios ya lo había anunciado: “*en la cuarta generación volverían, porque la maldad del amorreo aún no había llegado a su colmo.*”

Aquí la enseñanza nos lleva nuevamente a Hesbón y al amorreo. El amorreo queda relacionado con la idolatría, pero no solamente entendida como la adoración de una imagen externa. La idolatría también puede aparecer cuando **algo dentro de nosotros ocupa el lugar que solamente le corresponde a Dios**. Algo que no ha sido tratado puede quitar nuestra mirada del Rey. Nuestros ojos tienen que permanecer puestos en Él. **Hebreos 12** nos llama a poner los ojos en **Yeshúa’, el autor y consumidor de nuestra fe**. Por eso, aquello que no rendimos puede terminar cegando nuestro entendimiento y reteniéndonos sin que siquiera nos demos cuenta.

Un deseo reprimido es un deseo no rendido. Podemos tener un deseo legítimo **y, por miedo, retenerlo dentro de nosotros**. Podemos tener miedo a equivocarnos, deshonar a Dios o salir de aquello que conocemos y terminar sosteniendo ese deseo en lugar de entregarlo al Rey.

Entonces, aquello que no hemos rendido comienza a ocupar un lugar que no le corresponde.

La rendición no significa dejar de desear. Significa entregar el deseo al gobierno de Dios: *“Señor, esto deseo, pero lo rindo a ti. Si está conforme a tu voluntad, hazlo; y si no lo está, también lo rindo para que tú hagas conmigo lo que tengas que hacer”*. Ahí comienza a romperse el estanque de Hesbón. Porque mientras retenemos, queremos conservar el control; pero cuando **rendimos**, reconocemos que **el Rey es el dueño de todo**. Sus caminos son perfectos para quienes se rinden delante de Él.

El Rey está educando a *Su Amada* para que pueda reconocer aquello que todavía retiene, rendirlo delante de Él y volver a caminar bajo su gobierno. Cuando el deseo es rendido, la mirada vuelve al Rey; y cuando la mirada vuelve al Rey, la adoración vuelve a ocupar su lugar.

Allí es cuando **la rendición abre los estanques de Hesbón**.

